

La izquierda y la derecha ¿siguen teniendo hoy sentido?

Al caer el Muro de Berlín en 1989, se borró también la línea divisoria entre los dos grandes bloques que polarizaban la izquierda y la derecha mundiales. Sin embargo, el llamado «fin de la historia» no ha impedido seguir hablando de izquierdas y derechas políticas. La autora de este artículo antepone a la tradicional división ideológica de los partidos la búsqueda común de unos criterios que superen la tensión programática entre libertad e igualdad, en torno a las condiciones sociales, económicas y culturales que permitan el desarrollo libre de los ciudadanos.

M.^a Teresa Compte Grau*

Cuestión previa

LAS respuestas posibles a esta pregunta serán, sin lugar a dudas, tan plurales como lo es el propio significado de los términos sometidos a consideración.

* Licenciada en Ciencias Políticas. Profesora de Pensamiento Social Cristiano en la Universidad Comillas. Madrid.

Para algunos, la cuestión carece de trascendencia en un mundo en el que parece que la realidad económica, aunque no debiera ser así, determina el sentido de las relaciones sociales. Para otros, la cuestión aparece superada después del camino emprendido tras las revoluciones de 1989 en el Este europeo. Sin embargo, para otros, el debate sigue teniendo vigencia precisamente para demostrar que existen alternativas posibles a la realidad política, social y económica en la que vivimos.

A la cuestión del sentido de la izquierda y la derecha se suman también condicionantes emotivos de una relativa trascendencia.

Quizás seamos los electores, más allá de los propios estudiosos de la política, y de aquellos que se dedican de manera oficial a la cuestión política, quienes sigamos manteniendo más viva la distancia y las diferencias entre ambos conceptos. Cuando los ciudadanos acudimos a las urnas, para elegir a nuestros representantes políticos, nos decidimos en favor de estrategias, programas y valores distintos que identificamos con la izquierda y con la derecha. Y somos los electores quienes no permitimos que nuestro voto pueda identificarse con la opción u opciones contrarias.

Desde una perspectiva histórica, la derecha y la izquierda, como polos opuestos, se han identificado con teorías políticas, económicas y sociales que se han concretado en distintas estrategias y en determinados partidos políticos que, en función de las circunstancias, han tenido como objetivo trasladar sus ofertas al campo de la praxis. Razón por la que el contenido que se dé hoy a los términos izquierda y derecha no puede retrotraerse a siglos pasados.

Ambos conceptos son esencialmente políticos e históricos. Se refieren a momentos concretos y determinados de la historia de los siglos XIX y XX y son, por lo tanto, conceptos con un marcado carácter dinámico y no unívoco. De modo que hay que aceptar que existen muchas derechas y muchas izquierdas. Y muchas personas de derecha y de izquierda.

Existe una derecha reaccionaria, del mismo modo que existe una izquierda democrática, una izquierda revolucionaria y una derecha totalitaria, una izquierda antidemocrática y una derecha democrática. ¿Quién se atrevería, como señala Vidal-Quadras, a mezclar en un mismo saco a Alfredo Pérez-Rubalcaba y a Pol Pot? Siguiendo con el ejemplo y con las palabras de Vidal-Quadras, ¿quién se atreverá a identificar a José María Aznar con Francisco Franco? (1).

Un ejemplo, éste último, especialmente significativo para el caso español, ya que, aunque Franco y Aznar no formen parte de la misma derecha,

(1) Alejo Vidal-Quadras: *¿Qué era? La derecha ¿Qué es?* Ediciones Destino. Barcelona, 1997, 41.

en España, la derecha se ve obligada a justificarse continuamente, en un momento en el que muchos asumen, sin crítica posible, que el proyecto de la izquierda es un proyecto fenecido y que la izquierda anda, como los personajes de Pirandello, en busca de autor.

La crisis de las ideologías

EL mundo en el que vivimos ha conocido desde mediados del siglo XIX dos grandes ideologías. El liberalismo y el marxismo se han configurado como los soportes teóricos de dos modelos y dos alternativas no sólo diferentes, sino, y esto es lo más significativo, excluyentes.

Ambas ideologías han perseguido la felicidad del ser humano y han propuesto respuestas globales a la vida de éste. Ambas alternativas se han revelado como respuestas de naturaleza utópica. Tan imposibles como, si se quiere, bellas. Pero precisamente bellas e imposibles porque son perfectas.

La sociedad sin clases del marxismo, impuesta tras la dictadura del proletariado y la abolición de la propiedad privada, es tan imposible como el paraíso del bienestar alcanzado tras la libre concurrencia de fuerzas libres dejadas a su libre arbitrio.

Las utopías suponen por principio el fin de la historia, porque suponen el desembarco definitivo en la Ítaca de Kavafis, o en la sociedad perfecta de Tomás Moro. La utopía es aquella *sociedad total* que para existir, como señala Dahrendorf, necesita que se limpie la tela sobre la cual está pintado el mundo real.

En definitiva, las propuestas utópicas no son más que reinos de luces en los que se olvida al ser humano, aunque de modo paradójico lo que se busque sea la felicidad de éste.

No existe ni debe existir una única solución a los problemas humanos. Del mismo modo que no puede ni debe imponerse la verdad libremente descubierta, aunque ésta fuese, en términos políticos, la mejor y la única verdad posible.

Aunque el marxismo y el liberalismo, en su estado puro, hayan pretendido la respuesta global a los problemas humanos, el desembarco en esa felicidad se ha perseguido por caminos distintos. A cualquier teoría política acompaña también una estrategia para poner en práctica las ideas defendidas. Así, mientras unos se han alimentado del pensamiento de teóricos dominados por un manifiesto pesimismo antropológico como Maquiavelo,

Hobbes o Carl Schmitt, los otros han bebido en las fuentes de Aristóteles, Santo Tomás, Locke o Kant. La confianza y la desconfianza en el ser humano se convierte así en una poderosa razón para contemplar la evolución de las ideologías y permite descubrir modos distintos y contrapuestos de comprender el sentido de lo político y la dimensión de la acción política.

En 1998, a dos años del fin de siglo, la alternativa nacida a mediados del siglo XIX al modelo político y económico liberal ha pasado por distintas etapas y estadios. Del mismo modo, el liberalismo del siglo XIX ha ido descargándose, en su periplo por el mundo, de buena parte del equipaje con el que abandonó su primer hogar.

Sin embargo, no es este final de siglo, ni la caída del muro de Berlín, el escenario y la causa exclusiva del discurso acerca del fin de las ideologías o de la crisis de las mismas. Aunque no pueda despreciarse el significado que tienen los acontecimientos vividos en el mundo tras la caída del comunismo.

El triunfo de la ciencia y la técnica como una nueva ideología, denunciado por la Escuela de Frankfurt, el desarrollismo de los sesenta y el avance del poder de los técnicos hacían que con facilidad pudiese hablarse del fin de las ideologías tal como lo hacían Daniel Bell y Gonzalo Fernández de la Mora.

Tras la caída del muro de Berlín, a un norteamericano de origen asiático le hizo famoso una célebre, por citada, conferencia con un encabezamiento un tanto escatológico: *El fin de la historia*.

Para Francis Fukuyama la caída del comunismo suponía la instauración de un estado de homogeneidad basado en el triunfo de la democracia liberal y el liberalismo económico.

No se trata de reducir a anécdota el discurso de Fukuyama, aunque el argumento sí lo parezca. Quizás porque para quienes lo han ensalzado o lo han defenestrado, del mismo modo que para el propio autor, la importancia del argumento radica precisamente en el supuesto triunfo del sistema económico capitalista. ¿No es ésta la lectura que muchos de nuestros conciudadanos hacen de la realidad vivida a partir de 1989?

Son muchos quienes, de nuevo, sueñan con haber llegado al horizonte al que Colón nunca jamás llegó.

Quienes comparten el análisis de Fukuyama o quienes recurren a él para defenestrarlo hacen del aspecto económico el elemento clave de un renovado debate ideológico en el que ha aparecido una de esas palabras talismán, excesivamente utilizadas, y al mismo tiempo excesivamente demonizadas: la globalización.

No es ésta una reflexión de naturaleza económica, sino política, y por lo

tanto hay que evitar caer en la tentación, en la que sucumben ciertos hombres y mujeres de la izquierda, o ciertos nostálgicos, de ensañarse contra la excesiva economización de la vida humana. Entre otras razones, porque la globalización, entendida en términos económicos, exige una cierta estabilidad política mundial, y no sólo, como suelen entender los maestros de la sospecha, dominio económico en el peor y más funesto de los sentidos.

Es preciso asumir definitivamente que la economía es sólo una actividad que tiene como finalidad la satisfacción de las necesidades humanas y la producción de bienes para que éstas sean satisfechas. De lo contrario, nadie podrá escandalizarse si se le recuerda que no hay diferencias sustanciales entre el economicismo materialista derivado del pensamiento marxista y el economicismo materialista derivado del pensamiento liberal.

En el mundo europeo, el marxismo y el liberalismo han sabido adaptarse a los tiempos y evolucionar. La evolución no tiene por qué significar traición, sino inteligencia. Y en este sentido los partidos políticos europeos herederos del marxismo y del liberalismo supieron edificar tras la II Guerra Mundial un modelo político, hoy vigente, como es el del Estado social y democrático de derecho, en el que el imperio de la ley, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la división de poderes, la democracia política y la dignidad del ser humano, expresada en términos de suficiencia económica, se convirtieron en los pilares básicos del orden de la convivencia. La izquierda fue aceptando de manera progresiva las instituciones y los principios demoliberales, la economía de mercado y el derecho a la propiedad privada de los medios de producción. Al mismo tiempo la derecha liberal fue asumiendo progresivamente que el Estado tenía serias responsabilidades que asumir en la tarea de la redistribución de la riqueza.

La realidad política occidental, y especialmente la europea, se ha construido sobre tres principios esenciales: libertad política, bienestar económico y cohesión social. Y estos tres principios, que hay que mantener de manera equilibrada, y a los que Dahrendorf denomina *la cuadratura del círculo*, constituyen un único reto tanto para aquellos partidos políticos que se sitúan en la derecha, como para los que se sitúan en la izquierda.

La caída del comunismo es un problema para quienes creían en él, y la importancia del acontecimiento vivido a partir de 1989 no radica en el triunfo de una alternativa frente a la fenecida, sino en que quizás haya llegado el momento de aceptar que ha desaparecido, finalmente, la etapa histórica de los modelos, de las alternativas, y de las soluciones unilaterales, y pueda comenzar una etapa presidida por el enorme reto de la libertad humana.

La ideologización reinante en la Europa de los sesenta y setenta se ha

visto superada no sólo por el fracaso de las revoluciones, como modo de transformación social, o de la estrategia revolucionaria, no sólo por el predominio de los valores económicos y por la fuerza de la integración europea o por la universalización del mercado, sino especialmente por la consolidación de los sistemas políticos democráticos y por el respeto al hombre.

No es faltar a la verdad recordar que aquellos países del mundo en los que las tasas de bienestar político, cultural y económico son mayores son precisamente aquellos países en los que el sistema democrático se ha consolidado. Tampoco en estos lugares se ha llegado a Ítaca, pero, y que nadie se escandalice, nunca jamás se podrá desembarcar en semejante puerto.

Si las revoluciones del Este pueden enseñarnos algo es precisamente que hemos llegado por fin a desterrar los absolutos políticos. Y esto nada tiene que ver con el pragmatismo, el relativismo y la homogeneización. Aunque sí tenga mucho que ver con el destronamiento definitivo de las utopías políticas.

Recuperar el sentido del término Política

LA caída del muro de Berlín permite restaurar el concepto de política en términos de paz. La dinámica política amigo-enemigo, instaurada entre liberales y socialistas, y más aún, entre totalitarios y demócratas, está hoy superada. Y no es justo que esta dinámica se instale entre fuerzas políticas que son simplemente adversarios en tiempo electoral.

Durante demasiado tiempo la contradicción ideológica y política ha pretendido determinar la historia de la humanidad. Tras la II Guerra Mundial, el Este ha necesitado del Oeste para afirmarse, y viceversa. Y ambos se han necesitado porque eran términos y realidades excluyentes. Pero afortunadamente, tras cuarenta y cuatro años de predominio de las alternativas, llega el momento de hacer política de manera distinta.

Aunque no se pueda olvidar que, tras la caída del muro de Berlín, siguen manteniéndose muros de la vergüenza en distintas zonas del mundo y entre distintas zonas y sectores sociales al interior de buena parte de los países del mundo que denominamos desarrollados. Pero el conflicto Norte-Sur, así como el conflicto existente entre el primer mundo y el cuarto mundo, no es un problema ideológico en sentido estricto, aunque sí es un problema de naturaleza esencialmente política.

Ralph Dahrendorf escribió un libro, tras las revoluciones del Este, titulado: *Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero de Varsovia*, en el que rememoraba la carta escrita por Edmund Burke a un caballero de París tras la revolución francesa de 1789.

En esta obra, de recomendable lectura, Dahrendorf retoma una idea defendida por André Fontaine, director de *Le Monde*, en la que éste se refería a la llamada *reunificación del lenguaje* experimentada tras los acontecimientos de 1989.

El Este y el Oeste habían necesitado desde el fin de la II Guerra Mundial dos lenguajes distintos para afirmarse y para excluirse mutuamente. Una batalla que tenía sus orígenes en la fecha de 1848 con la publicación de *El Manifiesto Comunista*.

La idea de Fontaine había sido expuesta muchos años antes por Juan XXIII en sus encíclicas *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963).

Al Papa Juan le conmovió profundamente, y así lo expuso en 1961, la realidad de un mundo dividido por un muro de naturaleza ideológica que ahogaba los derechos del hombre como expresión de la dignidad natural del mismo. El Este y el Oeste hablaban lenguajes distintos, y distorsionados por interferencias que impedían el reconocimiento de los principios de la dignidad humana, la justicia y la paz.

Dos años después de expuesta esta reflexión en su encíclica *Mater et Magistra*, Juan XXIII promulgaba su *Encíclica de la paz*.

La paz, fruto de la justicia, no podía conseguirse si no era a través de la aceptación sin reservas de los derechos fundamentales del ser humano. Porque el hombre es centro, cima y fin de todas las realidades sociales, y a él deben subordinarse las instituciones políticas. Una llamada especialmente significativa en el año de la celebración del cincuenta aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En 1961 afirmaba Juan XXIII:

[...] En realidad, los hombres, y también los Estados, se temen recíprocamente», [...] porque aunque el término justicia y la expresión exigencias de la justicia andan en boca de todos, sin embargo estas palabras no tienen en todos la misma significación; más aún, con muchísima frecuencia la tienen contraria. Por tanto, cuando esos hombres de Estado hacen un llamamiento a la justicia o a las exigencias de la justicia, no solamente discrepan sobre el significado de tales palabras, sino que además les sirven a menudo de motivo para graves altercados (2).

(2) *Mater et Magistra* 203, 205.

Casi treinta años más tarde Ralph Dahrendorf ha escrito:

Estábamos acostumbrados al hecho de que hasta las nociones valiosas como la democracia o los derechos humanos tenían significados diferentes en uno y otro lado del Telón de Acero. [...] Repentinamente, todo esto desapareció. Ahora nos reunimos y hablamos como lo haríamos en cualquier lado. Podemos necesitar intérpretes, pero no necesitamos lo que Orwell denominó *traducción ideológica* (3).

Si la crisis de la derecha y de la izquierda, si la crisis de las ideologías viniese motivada por la defendida reunificación del lenguaje en la línea expresada por André Fontaine y Ralph Dahrendorf, y deseada por Juan XXIII, ¿estaría alguien dispuesto a rebelarse contra la misma?

Norberto Bobbio escribió hace años que no puede existir una verdadera democracia, si no existe una sociedad esencialmente democrática. Esto es, aquella sociedad en la que sus miembros asuman la igualdad esencial de todos los que la componen. Una idea que el propio Juan Pablo II ha repetido, especialmente en 1991, cuando quiso analizar de manera pausada la entraña de las revoluciones del Este europeo.

El problema no es ya un problema ideológico, sino un problema de mentalidad política y de traducción de valores políticos al interior de las sociedades y los colectivos humanos.

El lenguaje político basado en la dignidad del ser humano y en la expresión social de la misma a través de sus derechos humanos es un lenguaje universal. Un lenguaje que no es patrimonio de ningún sistema, ni siquiera del considerado vencedor. Porque si así fuese, también habría que combatir a ese sistema que cree haber llegado al fin del camino. Por esto es engañoso restaurar ideas propias de sociedades temerosas que precisan de *terceras vías* para responder así, de manera unilateral, a los asuntos más propios de la historia de los seres humanos. La historia que realmente importa no es la historia con mayúscula de Hegel, sino la *intrahistoria*. Y para ella sobran las soluciones universales, aunque se requieran principios universales.

La libertad y la igualdad son bienes de naturaleza esencialmente humana y no patrimonio de unas siglas políticas. Y si no fuera así, y si los ciudadanos que vivimos en democracia no lo creyéramos así, seríamos unos necios. ¿Quién de nosotros confiaría la tarea política a un grupo humano que no asumiera la defensa de valores sustanciales en nuestra sociedad como son los de la dignidad humana, la libertad, la justicia y la igualdad?

(3) Ralph Dahrendorf: *Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero de Varsovia*. EMECE Editores. Barcelona, 1990, 20-21.

Hoy nadie discute que la democracia es un buen sistema para decidir de manera pacífica cómo organizar la convivencia. Pero el valor del método democrático no radica en su justicia. La regla aritmética de la mitad más uno no es justa, ni puede serlo. Aunque sí debe ser útil. La justicia y la injusticia radican, sin embargo, en el grado de participación de los ciudadanos en la vida política, en la defensa, tutela y promoción de los derechos humanos, en el modo como empleen nuestros gobernantes el poder que les ha sido cedido y en la justicia y en la injusticia de las disposiciones que éstos adopten.

El acuerdo práctico de voluntades del que hablaba Jacques Maritain se ha conseguido en torno a los valores y principios que conforman el sistema político de los países democráticos. De modo que la única política posible no es ya la que se hace a través de libros de cocina con recetarios perfectamente definidos, sino la política que pretende soluciones concretas a problemas concretos.

En esta perspectiva no se atisba el horizonte, lo que puede causar ciertas zozobras. Pero a pesar de las mismas hay que seguir repitiendo que no existen soluciones universales a los problemas humanos. Pero sí existen criterios más o menos precisos que nos permiten enjuiciar la tarea y la realidad política. Así como criterios que dan sentido a la alternancia entre fuerzas políticas distintas.

¿De qué criterios hablamos?

UNA visión ideologizada de la realidad política puede seguir afirmando hoy que el sentido de la derecha y de la izquierda radica, fundamentalmente, en la defensa que los polos siguen haciendo de dos principios que para algunos siguen moviéndose en una tensión insuperable: la libertad y la igualdad.

Sin embargo, ni la libertad, ni la igualdad, ni la justicia, ni el progreso son patrimonio exclusivo de un determinado partido político. A no ser que se quiera seguir manteniendo una visión maniquea de las relaciones políticas, o que se crea, firmemente, que hay errores y virtudes que se heredan por vía cromosómica.

Superamos hace años esa famosa fórmula que decía que la verdad tenía derechos mientras el error carecía de ellos. De modo que no es de recibo, a no ser que quiera instaurarse la ley del péndulo, que haya que soportar que algunos sigan afirmando hoy que la verdad anida mejor y de manera más

fructífera en la izquierda que en la derecha. Y digo intencionadamente en la izquierda más que en la derecha, porque creo que la izquierda, al menos en España, sigue siendo más doctrinaria e ideológica que la derecha.

El problema que hoy amenaza a los partidos políticos y a la política es el sentido y la extensión del término persona y la relación de la misma con las instituciones políticas y quienes las dirigen. Aunque quizás sea éste el eterno problema de la cuestión política.

Quizás alguno, al leer esta afirmación, exclame: ¡Ah, si sólo es eso! Permítanme que les cuente una anécdota. Hace algunos años en un programa radiofónico de la mañana una oyente le preguntaba al historiador Carlos Fisas cómo había llegado a saber tantas cosas. El interpelado contestaba: *leyendo*. Y la señora apostillaba: *¡Ah, si sólo es eso! Así cualquiera...*

No hace falta justificar que la democracia como sistema político y la economía de mercado como modelo económico han dado sus frutos. La batalla en favor del reconocimiento del derecho a la participación política de los ciudadanos, las políticas de redistribución de la riqueza y la convicción de que la dignidad humana no sólo se expresa en términos de libertad sino también, y al mismo tiempo, en términos de suficiencia económica es una guerra ganada.

A partir de este punto, discutir acerca de las patentes de pureza que correspondan a los partidos políticos democráticos, ya se sitúen en la izquierda, ya lo hagan en la derecha es simplemente ejercicio de logomaquia.

Hemos apuntado desde el comienzo de esta reflexión que el significado de los términos derecha e izquierda es especialmente histórico y está determinado por circunstancias del tiempo y espacio, sin olvidarnos de la más importante: aquellas personas a través de las cuales descubrimos el significado de derecha y de izquierda.

Aludíamos con anterioridad a la importancia que la desaparición del comunismo ha tenido para las ofertas políticas situadas en la izquierda. Pero la izquierda europea, la socialdemocracia, nada tenía que ver con el comunismo.

Los socialfascistas, así les calificaron los auténticos comunistas, iniciaron, al menos desde 1917, un camino progresivo de aceptación de las estructuras políticas demoliberales. Sin embargo, algo ha fracasado en su proyecto: la pérdida de su sujeto y el excesivo estatismo de los partidos socialdemócratas.

La universalización de los derechos económicos y sociales, las políticas de redistribución de la riqueza, la mejora de las condiciones económicas de la sociedad y el ascenso del nivel de vida ha hecho que la antigua clase obrera sea hoy clase media. Y como los obreros son antes personas que obreros, la categoría marxista del obrero revolucionario cayó por su propio peso.

Al mismo tiempo la socialdemocracia ha confiado excesivamente en el papel del Estado, y ha confundido en algunos momentos el carácter meramente instrumental que tiene el Estado con la idea de un Estado-salvador. Y a las personas nos gusta hacer las cosas a nuestra manera, y nos repugna que nos planifiquen la vida.

El objetivo de la igualdad no puede expresarse en términos de igualitarismo, aspecto este último que la socialdemocracia acepta a regañadientes. La izquierda ha asumido y asume con muchas dificultades que la historia del ser humano es contradictoria. Por eso a la izquierda le ha gustado, de manera especial, controlar la sociedad. El lema cambiar la sociedad por decreto caracteriza bien a la izquierda democrática. No son los únicos que han caído en esta tentación, puesto que alguna derecha totalitaria y dictatorial ha padecido síntomas parecidos.

En Occidente se ha identificado a la socialdemocracia con la izquierda democrática. Pero aun teniendo en cuenta a los comunistas, que tardíamente han aceptado la democracia liberal, y al llamado eurocomunismo, esta izquierda es más unitaria y menos rica en matices que la derecha democrática.

La derecha democrática europea se ha diversificado más, y el concepto se ha expresado a través de los partidos democristianos, los partidos conservadores y los partidos liberales. E incluso en algunos casos los partidos políticos de derecha democrática en Europa se han constituido a través de la colaboración directa de las tres versiones en un único partido.

Esto ha hecho que el sujeto de los partidos de derecha democrática en Europa haya sido más plural, y éstos se hayan esforzado por presentarse, precisamente, como partidos interclasistas.

Por lo que hace referencia al papel del Estado, hay que señalar que los partidos de derecha han sido tremendamente escrupulosos con la interferencia del Estado en la vida de la ciudadanía. En este sentido, la derecha democrática se ha mantenido fiel a la defensa y a la promoción de las libertades constitucionales, que ha ido aprendiendo a conjugar con las exigencias de la reforma social. Aunque en este último apartado tampoco debemos olvidar las pretensiones políticas de los liberales radicales, hoy llamados neoliberales, defensores del Estado mínimo y culturalmente muy cercanos a los valores del individualismo y el economicismo.

Señalábamos al comienzo que los valores de la justicia, la libertad, y la igualdad de oportunidades no pueden seguir considerándose propios y exclusivos de determinados partidos políticos. Antes al contrario, hay que señalar que son valores esencialmente humanos que nuestras constituciones demo-

cráticas han reconocido y que obligan a nuestros partidos políticos en su acción de gobierno.

Sin embargo sí sigue existiendo un criterio válido y útil para valorar la distancia existente entre las alternativas de izquierda y de derecha que se nos presentan a los ciudadanos: la relación existente entre la Sociedad y el Estado, o más concretamente: el modo de relaciones entre los gobernantes y los gobernados.

Para fijar algunos de los criterios válidos que podrían configurar esta relación, quizás sea útil el siguiente decálogo. Aunque hay que señalar que éste, en cualquier caso, no se puede presentar al modo de unos principios éticos materiales, sino más bien como principios de carácter formal que habrá que rellenar de contenido en función de las circunstancias:

Decálogo y conclusión

1. El gobierno no es el gobierno de un partido, sino el gobierno de una nación.

2. El gobierno es una institución más del Estado, no la única, ni la determinante. Así funciona el equilibrio entre las distintas funciones a través de las que se expresa el poder político en un Estado de Derecho.

3. La confianza mayoritaria de la sociedad no es un cheque en blanco. La legitimidad democrática no sólo se expresa a través de las urnas, legitimidad de origen, sino también en la práctica política cotidiana, legitimidad de ejercicio.

4. No puede ser la mayoría aritmética de la mitad más uno la que defina los modos de ejercicio del poder. Contar con el respaldo de la mayoría de un parlamento es simplemente un punto de partida, porque el diálogo entre las distintas fuerzas políticas representadas sigue siendo la exigencia básica de una institución: el gobierno, que en un sistema como el español sale elegido del Parlamento.

5. El Gobierno de una nación no puede asumir la institución del Estado como propia, ya que éste es simplemente el instrumento que garantiza la convivencia ordenada a través del derecho de los ciudadanos a vivir en comunidad y de manera pacífica. Nunca podemos entender el Estado como el patrimonio exclusivo de un Gobierno o de un grupo.

6. El Gobierno asume la función de promoción, no de dirección o de planificación de la vida de los ciudadanos.

7. La finalidad básica de un Gobierno es la promoción del Bien Común. Que no es ni el interés general ni el bien de la mayoría, sino la implantación de condiciones sociales, económicas y culturales que permitan el desarrollo libre de los ciudadanos.

8. Los programas de gobierno no pueden ser entendidos como la solución definitiva a los problemas de los ciudadanos. Son simplemente propuestas de acción para un espacio corto de tiempo, y aplicables, en definitiva, en función de las circunstancias.

9. Al Gobierno de una nación no le está permitido cambiar el rostro de la sociedad a la que sirve. En primer lugar porque ello es ilegítimo, y en segundo lugar porque tal pretensión sólo puede materializarse por la vía de la fuerza, la imposición y la coacción.

10. Cualquier gobierno democrático debe asumir que la sociedad a la que sirve es plural por definición. Lo que significa que la sociedad no sólo manifiesta modos distintos de vida y de concepción de la vida, sino que éstos se expresan a través de múltiples instituciones que son plurales y que se convierten por definición en centros de poder.

Parece que las revoluciones del Este han traído vientos nuevos en relación al concepto y a la idea de la Sociedad. Quizás hoy quienes acentúan la libertad de movimientos de la Sociedad, a la que algunos denominan sociedad civil, ya no tengan que pedir perdón por creer en ella. Poco a poco, aunque no sin resistencias en el plano de las ideologías y las mentalidades, se van superando los prejuicios que acompañaban al concepto de Sociedad, dramáticamente identificado con el reino del egoísmo y del individualismo. Aunque para que ello deje de ser así, la Sociedad debe asumir sus propios deberes. Y la ciudadanía debe reconocerse a sí misma como autosuficiente y capaz de satisfacer sus exigencias de carácter esencialmente social sin contar para ello más que con la promoción de las instituciones políticas.

En buena medida, la mayor parte de los problemas que atenazan hoy al mundo de la política tienen su origen en la apatía y la atonía social. Los ciudadanos son muy duros a la hora de juzgar a los políticos y a sus gobernantes. Quizás porque existe la impresión de que quienes gobiernan, así como quienes se dedican de manera oficial a la actividad política, se han constituido en una oligarquía difícilmente controlable. A pesar de lo cual los ciudadanos seguimos reduciendo la función de control y de fiscalización de la política a la firma de una acta de defunción que rubricamos cada cuatro años.

Debería haber llegado el momento de que la ciudadanía dejara de esperar políticos que ejercen bien el encanto de la magia o que se rodean de cier-

tas dosis de carisma providencial. Ni redentores, ni salvadores, ni manos de hierro es lo que los ciudadanos necesitamos; sino políticos expertos en el arte de gobernar, que no es la mera función de mandar. Lo que la Sociedad necesita para ejercer la función de gobierno son personas y grupos humanos capaces de responder de manera particular a problemas particulares. Políticos prudentes, que no es la virtud de los timoratos, sino la de quienes asumen que el ser humano, aunque a veces no guste, o se libera a sí mismo, o no se libera.

En definitiva lo que se necesitan son hombres que asuman que en el ejercicio del poder político sólo pueden aplicar aquella parte de verdad que es posible, que no creen que la verdad esté en el centro, aunque sí tengan como objetivo centrar la verdad, y en hombres tan alejados de la rutina como de la utopía.

Esta visión no puede identificarse con la de quienes reducen el papel y la función del político a la mera categoría de técnico o de simple gestor o administrador. Éste es un debate antiguo y no superado, sobre el que quizás pueda aportar algunas luces el comentario aparecido, hace ahora treinta años, en las páginas de un periódico español.

Un año después de la promulgación de la Ley Orgánica del Estado, el diario *Ya* publicaba la siguiente reflexión:

[...] ¿Técnicos? Por supuesto, podemos contestar, naturalmente que hacen falta técnicos. Sólo que los técnicos especializados en el arte de gobernar se llaman políticos (4).

El reto de la política hoy, en los países con regímenes democráticos, no reside en la conquista de los valores de la libertad, la justicia o la igualdad, sino en la materialización práctica de tales principios. Quizás haya llegado el momento de redescubrir la necesidad del gobierno de los hombres, ya que gozamos, y debe seguir siendo así, del gobierno de las leyes.

La sociedad plural en la que vivimos no representa sólo la existencia de modos de vida distintos o de concepciones divergentes de la misma, sino también la existencia de centros plurales de poder. El problema no reside en que la Iglesia, la prensa, los medios de comunicación, los sindicatos, las empresas, las organizaciones no gubernamentales o los colegios profesionales ejerzan cuotas de poder, sino en el modo como ejercen el poder del que disponen. El mismo problema se plantea en el ámbito estrictamente político.

(4) *Los políticos y los técnicos*. Editorial del diario *Ya* del 25 de junio de 1968.

El problema no es que los partidos políticos y los gobiernos sean centros de poder, sino en cómo manejen el poder que les ha sido confiado. Y éste sólo se legitima cuando está al servicio del gobernado, del ciudadano y de la persona.

¿No explicaría este criterio el valor que la historia del mundo occidental ha dado a personalidades políticas tan relevantes como Schuman, De Gasperi, Adenauer? ¿No puede explicar este criterio la relevancia que adquieren hoy políticos como Prodi, Jospin o Blair? ¿No sirve este criterio para entender por qué uno de nuestros actuales ministros arrasa, literalmente, en las encuestas?